

Conversación 62
VISITA A HITLER
(0 DE LA DICTADURA)

Berlín, 10 de agosto.

La audiencia fijada en la Cancillería era para las diez de la noche, pero tuve que esperar más de una hora en un saloncito forrado de cuero, viéndome frente a frente con un dominante retrato de Federico II de Prusia. Me dijeron que a última hora el Führer había hecho reunir un consejo de generales. Finalmente, cuando me condujeron hasta su estudio experimenté la sorpresa de verme frente a un hombre que más parecía ser un bonachón policía vestido de civil que el dictador de un imperio. El famoso mechón que lucía sobre la frente no alcanzaba a darle un aspecto romántico ni belicoso. Me miró fijamente y en silencio por un instante, y luego dijo así:

- Sé todo acerca, de usted, y como no es ni diplomático, ni periodista, ni sacerdote, puedo hablarle sin perífrasis ni omisiones, con la antigua franqueza germánica. Usted ha venido aquí inducido por la curiosidad de ver cara a cara a un déspota de nuevo cuño, y por conocer el secreto de su poder. Quiero satisfacer su curiosidad en seguida, sin perder tiempo en preámbulos hipócritas.

»Yo soy un hombre del pueblo, y conozco mejor que los señores y los politiqueros cuáles son los humores y rencores del pueblo. En los Estados modernos el pecado dominante es la envidia, ya sea de un Estado respecto a otro, ya de las clases entre sí dentro de cada país. En las democracias, y a causa de la multiplicidad de cuerpos legislativos, de consejos y comisiones, los que mandan son demasiados, y sin embargo son demasiado pocos. La masa que se ve excluida, por eso mismo se siente atormentada por celos y envidias continuos. Si la suma del poder se concentra en manos de un solo hombre, entonces las envidias se atenúan y casi desaparecen. El campesino, el obrero, el empleado inferior, el comerciante modesto, todos ellos saben que deben obedecer, pero saben también que incluso sus amos de ayer, banqueros, políticos, demagogos, nobles, están sometidos lo mismo que ellos a ese poder único. La dictadura restablece una cierta justicia de igualdad y aminora las torturas y sufrimientos causados por la envidia. Esto explica la fortuna de que gozan los jefes absolutos de nuestros tiempos y el favor rayano en adoración que les dispensan los países más diversos entre sí.

Dicho esto calló por breves instantes y en sus labios se dibujó un gesto apenas perceptible que parecía ser un intento de sonrisa; luego, hablando en voz más elevada, continuó así

- Como bien lo sabe usted, nuestros teólogos afirman que, en lo referente a las religiones, el paso del politeísmo al monoteísmo es un progreso admirable.

Pero los teólogos de los «principios inmortales» consideran que un paso similar, en política, constituye un error y una vergüenza.

»Si tuviera que revelar el fondo de mi pensamiento político, diría que para mí el régimen ideal sería la libertad perfecta de todos, o sea la anarquía. Mas, para que la anarquía fuera posible se precisaría una transformación radical de la naturaleza humana. La sociedad ideal debería estar formada por un pueblo de gentileshombres, de caballeros inteligentes, guiados por algún santo genial. Pero bien sabe usted que la honradez, la bondad y la inteligencia son muy raras y muy frágiles en todos los pueblos y en todos los tiempos. Sabe usted también que los santos escasean, y que aun cuando los hubiera, difícilmente se dedicarían al gobierno de los pueblos; siempre prefirieron practicar el renunciamento en la tierra a fin de lograr la felicidad en el cielo.

»Si el género humano hubiera sido transformado profundamente, no habría necesidad de gobernantes y mucho menos de amos de mi especie. Pero la sabiduría y la virtud de los sabios

antiguos no logró cambiar a los hombres y al cabo de casi dos milenios tampoco pudo hacerlo el Cristianismo. Si los filósofos, sabios, educadores, apóstoles y sacerdotes, hubieran hecho de los brutos seres humanos otros tantos seres amables o por lo menos razonables, no habría necesidad de monarcas, presidentes, magistrados, y mucho menos de tiranos.

»Los hombres han continuado siendo egoístas y feroces. Para domar a fieras tales se precisa la magia verbal del encantador y, más que nada, el látigo del domador. Las tribus humanas no se rigen con razonamientos ni afectos. Se precisa excitar la fantasía e inspirar temor, como lo enseña tanto la historia antigua como la moderna. El animal-hombre únicamente transige si se apela a su pasión de ser rapaz y se le amenaza con privarle de la libertad y la vida. No es culpa mía que la materia prima esencial de la política sea de tan baja calidad. El triunfo de los dictadores es consecuencia de tres fracasos: de la filosofía, de la religión, del capitalismo democrático, con sus ficciones, sus espejismos, sus envidias. Los filósofos, sacerdotes y parlamentarios condenan con gestos de horror a la dictadura, pero no se dan cuenta de que ellos precisamente son los principales responsables de lo que llaman tiranía. Si hubieran sido más capaces, más poderosos y más afortunados, yo no ocuparía este lugar.

»Y ya que le hablo en confianza y puedo decir a un extranjero lo que no diría a ninguno de mis compatriotas, le haré saber que me sentiría feliz si no me viera obligado a ejercer el durísimo arte de la dictadura. Como todo lo que deseamos, el poder parece ser mucho más hermoso cuando todavía no lo poseemos. Le aseguro a usted que pensar, querer, decidir, hablar con tantos millones de servidores mudos, es un horrible y fatigoso trabajo. Esto sin contar la ambición de los compañeros de antaño, la imbecilidad de los ejecutores, la hipocresía de los amigos, la malicia de los enemigos y todos los demás peligros que trae consigo la concentración del poder en los autócratas. Le aseguro que estoy cansado, disgustado y hasta arrepentido. Hay en mi vida horas de tan insoportable angustia, que he sentido, cosa que me avergüenza, la vil tentación del suicidio. Los que me juzgan se equivocan, los que me odian son injustos, pero los que me envidian son los más insensatos de todos los idiotas. Mi infelicidad es tan grande que un día u otro provocaré una guerra, más terrible que la anterior, a fin de salir de la caverna de mi secreta miseria. Si venzo en esa guerra seré emperador de la tierra, o sea, algo mejor que un simple dictador local; si la pierdo, seré muerto, es decir, me veré liberado del angustioso peso del mando.

»Para corresponder a mi franqueza le ruego que no repita ni una sílaba de lo que le he dicho, antes de mi muerte. Si me traiciona, mi venganza sabrá alcanzarle en cualquier rincón del mundo. Puede irse. No le digo hasta que nos volvamos a ver, porque cuento con que mañana abandonará usted Berlín para siempre».

Me quedé estupefacto y atontado con todo lo que me había dicho aquel hombre y apenas tuve fuerzas para levantarme y saludar. En la antecámara me aguardaba un oficial, quien quiso acompañarme hasta la puerta de mi cuarto en el hotel.